

## HOMENAJE AL P. FÉLIX VARELA (Septiembre-octubre 1988)

Para honrar al P. Félix Varela no voy a hablar de él en esta hoja diocesana. Hubiera querido, más bien, pedirle prestada su pluma y su verbo para que fuera su voz la que resonara de nuevo, como en las lecciones de Filosofía o en las cartas de Elpidio, y tratara hoy como supo hacerlo magistralmente ayer, un tema que le era tan querido, el de la juventud.

Esto tenía en mente, queridos diocesanos, cuando escribía lo que pienso de la crisis actual de la juventud. Y estas palabras quieren ser mi humilde homenaje al santo sacerdote que se empeñó en enseñar a pensar a los jóvenes que él tanto quería.

Hoy nos hallamos en un momento de la historia de la humanidad en que, sin comparación con ninguna época anterior, el tratamiento de la cuestión juvenil se ha vuelto difícil y nos acercamos a ella con escepticismo o perplejidad, porque de hecho existe una crisis en la juventud, tanto de los países desarrollados como de la mayoría de los países en vías de desarrollo. Tampoco nuestro país escapa de esta crisis.

Para explicar esa situación no hay que culpar apresuradamente a los adultos y a las instituciones civiles o religiosas de incompreensión, de intolerancia, de falta de modernidad, etc. Estas inculpaciones se convierten rápidamente en mercancía de venta fácil entre la juventud, pero quienes adulan así los oídos juveniles, hartos de quejas, exigencias, regaños o didácticas alabanzas, no hacen otra cosa que atizar a largo o corto plazo la misma insatisfacción de los jóvenes.

Estamos ante un problema. Lo primero que es necesario para encarar un problema es planteárselo. Desconocer un problema de esta envergadura nos llevaría a modos de proceder inadecuados, que no corresponden a la realidad en que nos hallamos. Tampoco es buen método o, mejor, no es ningún método, seguir el procedimiento ingenuo e ineficaz del avestruz, que se aquieta hundiendo la cabeza en un agujero para no ver a sus perseguidores.

Para un problema de esta índole, nadie tiene soluciones hechas, sobre todo porque es propio de la juventud el querer buscar por sí misma las respuestas a sus inquietudes. La perplejidad, la vacilación, el dejar que busquen solos y que hallen o se pierdan solos, no es tampoco una actitud responsable de parte de padres, educadores, ministros de la Iglesia o guías juveniles. Aún menos efectiva resultaría la imposición automática de normas estrictas para configurar un comportamiento uniforme.

Y no es que el joven de hoy rechace más que el de ayer las leyes o preceptos, es más bien que no acepta pautas o normas que no sea capaz de hacer suyas, interiorizándolas, descubriendo su valor intrínseco para su propio desarrollo humano o el de la colectividad.

He ahí precisamente lo que el joven busca a veces desbocadamente o con actuaciones contrastantes en otras ocasiones, pero siempre con pasión: ejercer la libertad. Esta libertad la considera el joven, y en esto tiene razón, uno de sus mayores bienes.

El poder decidir nos personaliza, es decir, nos hace personas capaces de tomar un camino, de asumir una situación, de proyectarnos hacia el futuro. Educar es eso, ayudar a los jóvenes a hacer buen uso de su libertad. Pero nuestro discurso suena hueco, si desde un alto pedestal aconsejamos sea prudencia, sea rebeldía.

El joven de hoy no nos pide un quehacer aceptable, nos pregunta más bien: ¿qué has hecho tú y por qué lo has hecho así? Ellos no aceptan fachadas y solo comprometen su libertad ante lo que sienten auténtico. Por esto, para la juventud, todo es cuestionable y la credibilidad depende más de las personas mismas que de los argumentos que se les presentan.

Nosotros hemos de tener el coraje de decir a los jóvenes cómo somos y la valentía de invitarlos a ser mejores de lo que somos nosotros. Cuando la Patria, la Fe religiosa, los grandes ideales, tropiezan con la realidad de nuestras personas, debemos tener la humildad de Juan el Bautista, que dijo a sus discípulos, a la vista de Jesucristo: «es necesario que Él crezca y que yo disminuya». Ante Dios, la Patria o los ideales más nobles de la humanidad, todos debemos disminuir. Dios, la Patria, el amor de los hermanos, nos *trascienden*, son más que tú, que yo y que nosotros todos. Por estas realidades sublimes nadie se ha sacrificado bastante, nadie ha hecho lo suficiente, «somos siervos inútiles». El mismo Jesús respondió al joven que se le cruzó en el camino y que lo llamó Maestro bueno: «¿por qué me llamas bueno? Bueno es solo Dios».

Solo desde esta humildad –y «la humildad es la verdad», en frase feliz de Santa Teresa de Jesús– podemos entablar el imprescindible diálogo con la juventud. Es esta verdad existencial la que ellos buscan, es esta verdad la que estarían dispuestos a escuchar: no somos buenos, no somos perfectos, hemos hecho las cosas erróneas o falsas que ustedes critican, pero tenemos la misma preocupación de ustedes por salvar al mundo, queremos aportar nuestra experiencia para que ustedes no caigan en esos mismos pecados. Tampoco ustedes son perfectos, pero el mundo moriría de un frío peor que el del invierno nuclear, si ustedes no nos dan su entusiasmo, su vigor, su inconformidad transformada en fuerza constructiva.

Tenemos que bajar al plano de esta verdad todos los que tenemos responsabilidades: los padres de familia, los educadores, los sacerdotes, pero también los obispos, los gobernantes, los responsables de la opinión pública.

Situados en el nivel de la humildad –que es la verdad–, podríamos entonces hablar de escucha, comprensión y aun de exigencia y abnegación, pero repito, ubicados en esa verdad que respeta y promueve la libertad. Si no es así, es fácil deslizarse hacia un trasnochado paternalismo.

Se impone, pues, queridos hermanos, sobre este tema de la juventud, una grande y seria reflexión que tendría que abarcar todos los estratos de la sociedad, pero que al menos nosotros podemos comenzar en nuestra Iglesia. A esto los invito. Con mi bendición.